

DANIEL POLANSKY

Bajos fondos

minotauro

En los campos de batalla de Apres e Ives, en las primeras jornadas de la Gran Guerra, adquirí la habilidad de despertar al oír el menor parpadeo. Fue necesario adaptarse, porque los que se dejaban vencer por el sueño acababan muertos a manos de un comando dren armado con una espada de trinchera. Se trata de un vestigio de mi pasado que preferiría dejar atrás. Rara es la situación que exija tener todos los sentidos perfectamente despiertos, y sucede a menudo que el mundo mejora mucho visto a media luz.

A lo que iba. Mi cuarto era la clase de lugar que gana estando adormilado, presa de una tremenda resaca. La luz de finales de otoño se filtraba por la ventana polvorienta y hacía que el interior, que podía considerarse a unos pasos de la miseria, aún pareciese menos acogedor. A pesar de no ser nada exigente, aquel agujero me parecía un auténtico vertedero. Además de la cama, los únicos muebles eran una cómoda con espejo y una mesa desportillada, por no mencionar la capa de mugre que cubría el suelo y las paredes. Enjuagué el orinal con agua y lo vacié en el callejón que discurría al pie de la ventana.

La parte baja de la ciudad era un mar de cabezas, y en las calles reverberaban los vozarrones de los vendedores que anunciaban las capturas del día a los mozos que transportaban las cajas al norte del casco antiguo. A pocas manzanas al este, los comerciantes vendían a intermediarios mercancías a bajo peso a cambio de cobre, mientras que Light Street abajo los pilluelos se mantenían ojo avizor en busca de un vendedor despistado o la víctima acaudalada que estuviese demasiado lejos del hogar. En las esquinas

y los callejones, los mozos imitaban a los vendedores de pescado, pero con un tono no tan elevado y a un precio más alto. Las prostitutas ajadas que cubrían la primera ronda de la mañana se insinuaban a los transeúntes, con la esperanza de intercambiar sus desaparecidos encantos por un día más de licor. La mayor parte de la gente peligrosa dormía junto al arma envainada. La gente realmente peligrosa llevaba horas despierta, dándole a la pluma, emborronando los libros mayores.

Recogí un espejo del suelo y me miré en él. En mis mejores momentos, perfumado y con la manicura hecha, no soy feo. Una nariz vulgar gotea bajo dos ojos demasiado grandes, y en medio del conjunto la boca parece el corte que dibuja una cuchilla. Un cúmulo de cicatrices que avergonzaría a un masoquista no hacía sino aumentar mis encantos naturales, entre ellas la que discurre por la mejilla y que debo a un trozo de metralla de cañón que estuvo a unos centímetros de enviarme al otro barrio, o la piel desgarrada de la oreja izquierda, recuerdo de una pelea callejera de la que no salí vencedor.

Un frasquito de aliento de hada me guiñó el ojo desde la madera gastada de la mesa. Lo descorché para aspirar su aroma. El olor dulzón me llenó las fosas nasales, seguido de cerca por un familiar runrún en el oído. Sacudí el botellín. Estaba medio vacío; apenas me había durado. Me puse la camisa y las botas, luego tomé la bolsa de debajo de la cama y bajé la escalera para afrontar la última hora de la mañana.

El Conde del Paso Inseguro era un lugar tranquilo a esa hora del día, y con el salón principal prácticamente vacío reinaba tras la barra la mastodóntica figura de Adolphus el Grande, tabernero y copropietario. A pesar de mi metro ochenta de altura, Adolphus me sacaba una cabeza, y su torso con forma de barril era tan amplio que daba la impresión de ser gordo, aunque si lo mirabas con atención, de cerca, veías que el músculo ganaba con creces a la grasa. Ya era un hombre feo antes de que un virote dren le costase el ojo izquierdo, pero el parche negro que le tapaba la cuenca, y la cicatriz que le cruzaba el rostro picado de viruela, no hacían sino empeorar las cosas. Entre eso y la mirada parecía un maleante corto de entendederas, y aunque no era ni una cosa ni otra, esa impresión bastaba para que los parroquianos se comportasen en su presencia.

Limpiaba la barra y pontificaba acerca de las injusticias del

día a uno de los parroquianos más sobrios. Era un pasatiempo popular. Me acerqué y ocupé el taburete más limpio que encontré.

Adolphus estaba demasiado ocupado solventando los problemas de la nación para permitir que la cortesía le interrumpiese el monólogo, de modo que se limitó a inclinar levemente la cabeza a modo de saludo.

–Y sin duda estarás de acuerdo conmigo, visto hasta qué punto ha fracasado su señoría en el puesto de canciller. Por mí que vuelva a dedicarse a ahorcar traidores, ejerciendo de ejecutor del tribunal de la Corona. Al menos eso se le daba bien.

–No estoy muy seguro de qué estás hablando, Adolphus. Todo el mundo sabe que nuestros líderes son gente tan sabia como honesta. ¿Es muy tarde para pedirte unos huevos?

Volvió la cabeza hacia la cocina y gruñó:

–¡Mujer! ¡Huevos! –Una vez completado el aparte, volcó de nuevo la atención en su ebrio cautivo.

»Cinco años entregué a la Corona. Cinco años y un ojo. –Adolphus solía meter la herida en cualquier conversación, por banal que fuera, hasta el punto de que se había convertido en una muletilla–. Cinco años metido hasta el cuello en el barro y la mierda, cinco años en que los banqueros y los nobles se enriquecieron en retaguardia a costa de mi sangre. Medio ocre al mes no te compensa esos cinco años, pero me pertenecen, y que me parta un rayo si permito que lo olviden. –Dejó el trapo en la barra y me señaló con un dedo del tamaño de una salchicha, con la esperanza de que yo lo apoyara–. También es tu medio ocre, amigo mío. Muy callado estás para tratarse de alguien olvidado por la reina y la patria.

¿Qué podía decir? El canciller haría lo que le placiera, y probablemente las diatribas de un antiguo piquero tuerto no servirían para persuadirlo de lo contrario. Lancé uno de esos gruñidos que no comprometen a nada. Adeline, tan callada y menuda como su marido era lo contrario, asomó por la puerta de la cocina y me ofreció una bandeja con una sonrisa diminuta. Acepté el primero sin más, pero devolví la segunda. Adolphus siguió divagando, pero lo ignoré para volcar mi atención en los huevos. Hacía década y media que éramos amigos, y eso se debía a que yo le perdonaba sus impertinencias y él mi taciturnidad.

El aliento empezó a surtir efecto. Sentí que se me calmaban los nervios, que se me agudizaba la vista. Di un mordisco al pan

negro recién horneado y pensé en la jornada laboral que tenía por delante. Debía visitar a mi contacto en la oficina de aduanas, pues habían pasado dos semanas desde que me prometió documentación legal, que aún tenía que entregarme. Aparte de eso tenía pendientes las rondas habituales a los distribuidores que obtenían su género por mediación mía, los chulos, los comerciantes al por menor y los taberneros deshonestos. A última hora de la tarde tenía que dejarme caer por una fiesta por la zona de Kor's Heights, pues me había comprometido con Yancey el Rimador que me acercaría antes del anochecer.

En la barra, el hombre ebrio encontró la ocasión de interrumpir la casi coherente e interminable diatriba de Adolphus.

—¿Has sabido algo de la niña?

El gigante y yo cruzamos miradas de pesar.

—La guardia está formada por inútiles —replicó Adolphus, que se puso de nuevo a limpiar.

Habían pasado tres días desde la desaparición de la hija pequeña de un estibador. La última vez que la vieron jugaba en el callejón que había al salir de la casa. Desde entonces, la Pequeña Tara se había convertido en una especie de celebridad para los vecinos de la parte baja de la ciudad. El gremio de pescadores había ofrecido una recompensa, la iglesia de Prachetas había celebrado una misa en su honor, incluso la guardia había despertado durante unas horas del letargo que la caracterizaba para aporrear unas cuantas puertas y mirar en el interior de otros tantos pozos. No hallaron nada, y setenta y dos horas era mucho tiempo para que una cría anduviese perdida en el kilómetro y medio cuadrado más densamente poblado de todo el Imperio. Sakra mediante, la niña estaría bien, aunque yo no me habría apostado por ello ni el medio ocre que tenía pendiente de cobro.

El recordatorio de la niña desaparecida provocó el milagro inesperado de cerrar la boca de Adolphus. Terminé en silencio el desayuno, aparté el plato y me puse en pie.

—Guárdame cualquier mensaje que pueda recibir porque no volveré hasta la noche.

Adolphus se despidió con un gesto de la mano.

Salí al caos de la parte baja de la ciudad. Era mediodía y eché a caminar en dirección al muelle. A una manzana de El Conde, recostado en la pared y liando un cigarrillo con una sonrisa de oreja a oreja, reparé en el metro sesenta y siete de Mac el Niño,

chulo y liante de primera. Sus ojos oscuros me miraban enmarcados por las apenas perceptibles cicatrices de duelo, y siempre iba impecablemente vestido, desde la cinta del sombrero hasta la empuñadura plateada del estoque que ceñía a la cintura. Se recostaba en el ladrillo con una expresión que aunaba la amenaza de la violencia con una profunda indolencia.

En los años transcurridos desde su llegada al vecindario, Mac había logrado hacerse con un modesto territorio gracias a su habilidad con la espada y a la inmerecida dedicación de sus prostitutas, todas ellas, sin excepción, enamoradas de su chulo como lo estaría una madre de su primogénito. A menudo se me pasaba por la cabeza que Mac tenía el trabajo más fácil de toda la parte baja de la ciudad, pues se limitaba a asegurarse de que sus ramearas no se matasen entre sí por sus atenciones, aunque a juzgar por su expresión cualquiera lo hubiese dicho. Éramos amigos desde que montó el negocio, compartíamos información y, de vez en cuando, nos hacíamos favores.

–Mac.

–Guardián. –Me ofreció el cigarrillo.

Lo encendí rascando una cerilla en el cinto.

–¿Cómo están las mozas?

Vertió tabaco de la bolsita para liar otro cigarrillo.

–Esa niña perdida las tiene más exhaustas que un corral de gallinas. Annie la Roja tuvo a todo el mundo despierto media noche con sus lloros, hasta que Euphemia se le acercó con el látigo.

–Son muy sensibles. –Introduje la mano en la bolsa y le tendí el cargamento con discreción–. ¿Se sabe algo de Eddie el Vagina? –pregunté, refiriéndome a su rival, expulsado de la parte baja de la ciudad a principios de semana.

–Mira que operar a un tiro de piedra del cuartel general y no pagar su parte... Eddie es demasiado tonto para seguir vivo. No creo que llegue al invierno. Me apostaría una moneda de plata. –Mac terminó de liar el cigarrillo con una mano mientras con la otra se guardaba el paquetito en un bolsillo trasero.

–Yo no aceptaría esa apuesta –dije.

Mac se introdujo el pitillo en uno de los extremos de la sonrisa torcida. Observamos el tráfico desde donde nos encontrábamos.

–¿Has conseguido ya esos pases? –me preguntó.

–Hoy mismo veré a mi contacto. Pronto tendré algo para ti.

Gruñó, no sé si para expresar su conformidad, y yo me di la vuelta para marcharme.

–Deberías saber que los muchachos de Labioleporino han estado vendiendo de puerta en puerta al este del canal. –Dio una larga chupada al cigarrillo y exhaló al cielo clemente una serie de perfectos aros de humo, uno seguido del otro–. Hace una semana que mis chicas ven a su cuadrilla yendo y viniendo.

–Ya me había enterado. No bajas la guardia, Mac.

Y recuperó su aspecto amenazador.

Pasé el resto de la tarde entregando el producto y haciendo recados. Mi funcionario de aduanas acudió por fin con los pases, aunque a la velocidad a la que empeoraba su adicción al aliento de hada tal vez sería el último favor que me haría.

Terminé a última hora de la noche, y me detuve en mi puesto favorito para comprar un cuenco de ternera con salsa picante. Aún tenía que ver a Yancey antes de que actuara. Por lo visto, lo haría ante un grupo de estirados aristócratas cerca del casco antiguo. Tenía por delante un paseo. Atajaba por un callejón para ahorrar tiempo cuando vi algo que me frenó tan en seco que a punto estuve de caer de bruces.

El Rimador tendría que esperar. Ante mí se encontraba el cadáver de una niña, horriblemente retorcido, envuelto en una sábana empapada de sangre.

Por lo visto había encontrado a la Pequeña Tara.

Arrojé la cena por la rejilla del desagüe. De pronto había perdido por completo el apetito.

Pasé unos segundos haciéndome cargo de la situación. Las ratas de la parte baja de la ciudad son una banda absolutamente indecente, así que el hecho de que el cadáver estuviera intacto me dio pie a pensar que no hacía mucho tiempo que se habían deshecho de él. Me acuclillé y acerqué la palma de la mano al pecho diminuto. Estaba helado. Antes de que la abandonaran allí llevaba tiempo muerta. Más de cerca distinguí con mayor claridad las ignominias que su torturador le había causado, me sacudió un temblor y me aparté, consciente, al hacerlo, de un olor peculiar, no el pegajoso hedor de la descomposición, sino de algo fuerte, químico, que me hizo carraspear.

Al salir del callejón a la calle principal, hice señas a un par de pilluelos que pasaban el rato a la sombra de un toldo cercano. Mi nombre tiene cierto peso entre la gente de baja estofa, así que se me acercaron como si pensarán que iba a meterlos en algo serio, contentos ante la oportunidad. Di una moneda de cobre al que iba más sucio y le pedí que fuese en busca de un guardia. Cuando lo vi doblar la esquina me volví hacia el otro.

Procuro prostitutas y cerveza aguada a la mitad de los guardias que patrullan la parte baja de la ciudad, así que ellos no darían problemas. Sin embargo, semejante asesinato exigía la atención de un agente, y fuera quien fuese que enviaran podía ser lo bastante insensato para considerarme sospechoso. Tenía que librarme de la mercancía.

El joven levantó los ojos castaños recortados en la piel blanca. Al igual que la mayor parte de los críos que vagabundean por las calles, era un mestizo que poseía los rasgos distintivos de tres

pueblos de Rigus, mezclados a su vez con varias razas extranjeras. Era delgado, incluso teniendo en cuenta lo habitual en la gente pobre, y los harapos que vestía apenas le ocultaban las agudas protuberancias óseas de hombros y clavícula.

—¿Sabes quién soy?

—Eres el Guardián.

—¿Conoces El Conde del Paso Inseguro?

Asintió con los ojos muy abiertos y la mirada clara. Le confió la bolsa.

—Llévala allí y dásela al cíclope que verás tras la barra. Dile que yo he dicho que te dé una moneda de plata.

Cuando fue a coger la bolsa, lo aferré con fuerza por el cuello.

—Conozco a todas las putas, los rateros, los adictos y los matones callejeros de la parte baja de la ciudad, y me he quedado con tu cara. Si esa bolsa no me está esperando a mi vuelta, iré a por ti. ¿Entendido? —Apreté la mano un poco más.

Ni siquiera pestañeó.

—No te robaré.

Me sorprendió la serena confianza en sí mismo que transmitía su voz. Había escogido al granuja adecuado.

—Pues andando, márchate. —Solté la bolsa, y lo perdí de vista cuando dobló la esquina a la carrera.

Volví al callejón y me fumé un cigarrillo mientras esperaba a que se presentara la guardia, que tardó más de lo que pensaba, teniendo en cuenta la gravedad de la situación. Inquieta descubrir que la mala opinión que tienes de las fuerzas de la ley es merecida. El primer granuja regresó dos colillas pisoteadas después, seguido por una pareja de guardias.

Los tenía vistos. Uno no llevaba ni seis meses patrullando, pero al segundo hacía años que lo tenía en nómina. Si las cosas se torcían, veríamos de qué me servía eso.

—Hola, Wendell. —Tendí la mano—. Me alegra verte, a pesar de las circunstancias.

Wendell la estrechó con fuerza.

—Lo mismo digo. Esperaba que el muchacho estuviera mintiendo.

No había mucho más que decir. Wendell se arrodilló junto al cadáver, arrastrando en el barro el faldón de la cota de malla. A su espalda, su joven colega adoptaba la lividez que precede al vómito.

—Ni se te ocurra —le gruñó Wendell tras volver la cabeza—, que

para algo eres un jodido guardia. A ver si demuestras tener nervio. –Luego volvió a mirar el cadáver, sin saber muy bien qué hacer a continuación–. Supongo que habrá que avisar a un agente –me dijo casi en tono de sugerencia.

–Supongo.

–Ve corriendo al cuartel y pide que nos envíen a la gélida –ordenó Wendell a su subordinado–. Insiste en que necesitamos una pareja de agentes.

La guardia se encarga de las aduanas y de velar por el cumplimiento de las leyes de la ciudad, siempre y cuando no se les pague para mirar hacia otro lado, pero podría decirse que la investigación de los crímenes es algo que los supera. A menos que el asesino esté de pie junto al cadáver, armado con un cuchillo ensangrentado, no sirven de gran cosa. Cuando hay un crimen que importa a alguien de peso se envía a un agente de la Corona, alguien con autoridad otorgada de forma oficial para ejecutar la justicia real. La gélida, los fríos, los muñecos de nieve o los diablos grises, llámeselos como uno quiera, pero conviene inclinar la testa a su paso y responder al punto cuando te preguntan algo, porque la gélida no es la guardia, y lo único más peligroso que un alguacil incompetente es uno competente. Por lo general, un cadáver abandonado en la parte baja de la ciudad no llama tanto la atención, y eso es algo que obra maravillas para la tasa de asesinatos, pero en ese caso no se trataba de un borracho ahogado en un charco, ni de un drogadicto acuchillado. Tenían que enviar a un agente a investigar.

Al cabo de unos minutos, llegó a la escena un pelotón de guardias. Un par se dispuso a acordonar la zona. Los demás se quedaron mirando en todas direcciones, dándoselas de gente importante. No se les dio muy bien, pero no tuve ánimo de quitarles la ilusión.

Aburrido de tanto esperar, o deseoso de hacer valer su importancia a los recién llegados, Wendell decidió desempeñar labores policiales.

–Probablemente se trate de un hereje –aventuró, rascándose la enorme papada–. Atravesaba el muelle en dirección a Kirentown, vio a la niña y... –Hizo un gesto contundente.

–Claro, he oído que eso pasa constantemente.

Su compañero asomó detrás. Tenía cara de niño, una lengua venenosa, y contenía la mala leche a fuerza de tragar saliva.

—O un isleño. Ya sabes cómo son.

Wendell asintió, reflexivo. Pues claro que sabía cómo eran.

He oído que en algunos de los recintos nuevos para enfermos mentales encargan a los locos y a los medio tontos de nacimiento tareas mecánicas, que los ponen a coser botones en telas, por ejemplo, y que esa labor inútil hace las veces de cura para sus quebradas mentes. A menudo me pregunto si la guardia no es una extensión de esta terapia, pero a mayor escala, un complejo programa social destinado a proporcionar un propósito a quienes no poseen muchas entendederas.

Pero para qué aguarles la fiesta a los pacientes. Esa inesperada muestra de perspicacia pareció dejar agotados a Wendell y a su compañero. Ambos se sumieron en un profundo silencio.

El atardecer otoñal persiguió en el cielo a los últimos jirones de luz. Los sonidos del comercio honesto, siempre y cuando pueda hablarse de tal en la parte baja de la ciudad, fueron reemplazados por un silencio incómodo. En las casas de vecindario que nos rodeaban alguien había encendido un fuego, y el humo que desprendía la leña casi cubrió por completo el cadáver. Lié un cigarrillo para aislarme del resto.

Percibí su llegada antes de verlos por el modo en que los vecinos de la zona se apartaron de su camino como madera de balsa arrastrada por una tromba de agua. Al cabo de unos segundos más, era posible distinguirlos entre la multitud. La gélida se enorgullecía de la uniformidad de su vestimenta, todos miembros indistinguibles de una modesta hueste que controlaba la ciudad y buena parte de la nación. Un guardapolvo gris hielo, con el cuello vuelto hacia arriba hasta tocar un sombrero de ala ancha a juego. Una espada corta de empuñadura de plata ceñida al cinto, maravilla estética a la par que perfecto instrumento de violencia. Una joya sombría engarzada en plata que le colgaba del cuello, el ojo de la Corona, símbolo oficial de su autoridad. La personificación del orden hasta el último centímetro, el puño crispado dentro de un guante de terciopelo.

A pesar de que nunca lo hubiera dicho en voz alta, a pesar de que me avergonzaba incluso pensar en ello, no podía mentir: echaba de menos ese jodido atuendo.

Crispin me reconoció a una manzana de distancia, y aunque se le endureció aún más la expresión no redujo el paso. Cinco años no habían cambiado su aspecto. El mismo rostro de noble

cuna me observaba bajo el ala del sombrero, el mismo aire altivo, testimonio mudo de una juventud pasada bajo la tutela de maestros de danza y de etiqueta. El pelo castaño había cedido parte de su prominencia, pero la curva de su nariz aún anunciaba con clamor de trompetas la larga historia de su sangre a quienquiera que se molestase en mirarlo. Comprendí que lamentaba verme ahí tanto como yo lamentaba su presencia.

Al otro no lo reconocí. Debía de ser nuevo. Al igual que Crispin tenía nariz de rouendeño, larga y arrogante, pero su cabello era tan rubio que casi parecía blanco. Aparte de la melena platino parecía el típico agente, tenía los ojos azules de un inquisidor, pero sin su perspicacia, y el cuerpo que ocultaba el uniforme no era lo bastante fornido para convencer a nadie de que su dueño constituía una amenaza, suponiendo que no se supiera qué buscar.

Se detuvieron en la boca del callejón. Crispin repasó la escena con la mirada, que detuvo brevemente en el cadáver cubierto antes de reparar en Wendell, que permanecía en posición de firmes, fingiendo comportarse como un oficial de las fuerzas del orden.

—Guardia —saludó Crispin, inclinando muy levemente la testa. El otro agente, quien aún no tenía nombre, ni siquiera se dignó en saludar. Permaneció cruzado de brazos con una especie de mueca desdeñosa en el rostro. Una vez atendido el protocolo, Crispin se volvió hacia mí: ¿La encontraste tú?

—Hace cuarenta minutos, pero llevaba aquí bastante más. Ya había fallecido cuando la abandonaron en este callejón.

Crispin anduvo lentamente en círculos alrededor de la escena. Una puerta de madera conducía al interior de un edificio abandonado, situado a media altura del callejón. Hizo una pausa y apoyó la mano en la superficie de la puerta.

—¿Crees que salió por aquí al callejón?

—No necesariamente. El cadáver es lo bastante pequeño para poderlo ocultar en una caja, o quizá en un barril pequeño. Al anoecer no pasa mucha gente por aquí. Pudo haberlo abandonado en el suelo sin entretenerse mucho.

—¿Una faena del sindicato?

—Sabes bien que no es así. Un niño immaculado alcanza los quinientos ocre en los puestos de Bukhirra. Ningún esclavista es tan estúpido para echar a perder la oportunidad de ganar ese di-

nero, y suponiendo que lo fuera, el sindicato se las apaña mucho mejor para deshacerse de un cadáver.

Para el acompañante de Crispin, aquello era tener demasiadas deferencias para con un extraño vestido con una casaca harapienta. Anduvo con paso lento hacia nosotros, sonrojado con la arrogancia que proviene de quien ha heredado el sentido de la superioridad, cimentado por la obtención de un cargo público.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué hacía aquí cuando encontró el cadáver? —Me miró displicente.

Tuve que admitir que sabía cómo componer una mueca desdénosa. No se trata de una expresión que cualquier hijo de vecino llegue a dominar.

Pero cuando no respondí a sus preguntas, se volvió hacia Wendell.

—¿Dónde están sus efectos? ¿Cuál fue el resultado de su registro?

—Verá, señor —empezó diciendo Wendell, a quien se le acentuó el deje de la parte baja de la ciudad—. Teniendo en cuenta que había sido él quien había avisado a la guardia, dimos por sentado... Es decir, pensamos que... —Se secó la nariz con el dorso de la gorda mano y carraspeó antes de concluir—: No lo hemos registrado, señor.

—¿Acaso es esto lo que entiende la guardia por llevar a cabo una investigación? ¿Encontráis a un sospechoso de pie junto a una niña asesinada y os ponéis a charlar cordialmente con él junto al cadáver? ¡Haced vuestro trabajo y registrad a ese hombre!

El rostro vulgar de Wendell se puso colorado. Se encogió de hombros a modo de disculpa y se dispuso a registrarme.

—No será necesario, agente Guiscard —interrumpió Crispin—. Este hombre es un... antiguo asociado. Está más allá de toda sospecha.

—Al menos en lo que atañe a este asunto, se lo aseguro. ¿Agente Guiscard? Ah, no importa, tú regístrame. Nunca se es demasiado concienzudo. ¿Quién puede asegurar que no secuestré a la niña, la violé y la torturé, arrojé su cadáver a este callejón, esperé una hora y luego avisé a la guardia?

Guiscard se sonrojó de tal forma que la tonalidad de su piel contrastó con el color de su pelo.

—Una mente capacitada para la deducción, ¿eh? Supongo que la inteligencia es algo hereditario para los de tu casta.

Guiscard crispó el puño mientras yo componía una sonrisa torcida.

Crispin se interpuso entre ambos y empezó a aullar órdenes.

—¡Basta con esto! Tenemos trabajo que hacer. Agente Guiscard, vuelve a Black House y encárgate de que envíen un adivino. Si caminas con un poco de garbo puede que aún estemos a tiempo de averiguar algo. El resto estableced un perímetro. Dentro de diez minutos rondará por aquí al menos un centenar de ciudadanos, y no queremos que nos estropeen la escena del crimen. Y por el amor de Sakra, que alguno de vosotros vaya a buscar a los padres de la niña.

Guiscard me dirigió una mirada vacía, y después se alejó a paso vivo. Pellizqué unas hebras de tabaco de la bolsita y me dispuse a liar un cigarrillo.

—Menuda pieza ese nuevo ayudante tuyo. ¿De quién es sobrino?

Crispin me dedicó una sonrisa torcida.

—Del conde de Grenwick.

—Me alegra ver que no han cambiado las cosas.

—No es tan malo como parece. Le has buscado las cosquillas.

—Pues no he tardado en descubrírselas.

—Antes también a ti era fácil arrancarte una sonrisa.

Probablemente tenía razón. Me había ablandado con la edad, o al menos eso quería pensar. Ofrecí un cigarrillo a mi antiguo compañero.

—Lo déjé. Cualquier esfuerzo me dejaba sin aliento.

Hundí el cigarrillo entre los labios. Los años de amistad se extendían con torpeza entre ambos.

—Acude a mí si averiguas algo. Y no se te ocurra actuar por tu cuenta —dijo Crispin, a medio camino entre la pregunta y la exigencia.

—Yo no resuelvo crímenes, Crispin, porque no soy agente. —Rasqué la cerilla en la pared y encendí el cigarrillo—. Tú te aseguraste de ello.

—No, tú te aseguraste de ello. Yo me limité a ver cómo te precipitabas al vacío.

Aquello había durado demasiado.

—El cadáver estaba impregnado de un olor extraño. Puede que haya desaparecido ya, pero vale la pena que lo comprobéis. —No pude deseárselo suerte.

Un tropel de mirones se estaba formando cuando abandoné el callejón, pues el fantasma de las miserias humanas siempre atrae al gentío. El viento arreciaba. Me abroché bien la casaca mientras apretaba el paso.

De regreso a El Conde del Paso Inseguro comprobé que el negocio estaba en pleno apogeo de fin de semana. El saludo de Adolphus reverberó en las paredes mientras me abría paso entre las prietas filas de parroquianos y me sentaba a la barra. Me incliné hacia él cuando me sirvió una cerveza.

–Hace un rato llegó un muchacho con tu bolsa. La he subido a tu cuarto.

Estaba seguro de que el chaval lo habría hecho.

Adolphus se quedó ahí, incómodo y con una expresión preocupada en el rostro desfigurado.

–Me ha contado lo que encontraste.

Di un trago.

–Si quieres hablar de ello...

–No quiero.

La cerveza era espesa y oscura, y durante la primera docena de sorbos que di deseé quitarme de la cabeza la imagen de las manos retorcidas y blancas, y la piel magullada. Los clientes se movían a mi alrededor, eran trabajadores de la fábrica que habían terminado su turno, y también juerguistas que planeaban sus escapadas nocturnas. Hacíamos la clase de negocio que me recordaba por qué era copropietario, pero todo aquel gentío compuesto por afables personas de poca monta que bebían licor era una compañía muy pobre para mi humor.

Apuré la copa y me aparté de la barra.

Adolphus se despidió de un parroquiano para acercárseme.

–¿Ya te retiras?

Gruñí en sentido afirmativo. La expresión de mi rostro de-

bía de presagiar violencia, porque me puso la enorme zarpa en el brazo cuando me di la vuelta.

—¿Necesitas un acero? ¿O compañía?

Negué con la cabeza. Él se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la clientela.

Tenía pendiente la visita a Labioleporino Tancredo desde que hacía un mes y medio vi a unos de sus mensajeros moviendo vid del sueño en mi territorio. Tancredo era un traficante de medio pelo que había logrado alcanzar cierta importancia gracias a una desagradable combinación de violencia gratuita y astucia de tres al cuarto, pero no sería capaz de mantener el territorio más allá de unos meses. Pagaría mal a su gente, intentaría engañar a la guardia estafándola con el porcentaje, o cabrearía al sindicato y moriría en cualquier callejuela con un puñal clavado en el corazón. Yo no veía la necesidad inmediata de acelerar su cita con Quien Aguarda Tras Todas las Cosas, pero conviene no dar pasos en falso en nuestro negocio. Mover mercancía en mi territorio equivalía a enviarme un mensaje, y la etiqueta exigía que yo respondiera a él.

Labioleporino se había hecho con un pedazo del pastel a poniente del canal, cerca de Offbend, y dirigía sus operaciones desde un estercolero de taberna llamada La Virgen Sangrante. Hacía buena parte del dinero gracias a los chanchullos que eran demasiado insignificantes o feos para los muchachos del sindicato, movía wyrm y sangraba dinero en concepto de protección a los mercaderes del vecindario. Me esperaba un largo trecho por delante hasta ese tugurio, pero eso me daría tiempo para despejar el alcohol que me enturbiaba las ideas. Subí a mi cuarto a recuperar el frasco de aliento de hada, y luego, ya en la calle, eché a andar.

El extremo oeste de la parte baja de la ciudad estaba muy tranquilo, pues los mercaderes se habían retirado a sus hogares y la vida nocturna se centraba al sur, en dirección al muelle, así que anduve una docena de manzanas en relativa calma hacia el canal. A esa hora de la tarde, Herm Bridge se me antojó ominoso en lugar de ruinoso, indistinguibles sus facciones de mármol debido al paso de los años y las gamberradas. Las pétreas y astrosas manos de los Daevas alzaban su súplica al cielo, los rostros erosionados, boquiabiertos, y los ojos como platos. Al pie de la estatua, el río Andel fluía torpe y lento, arrastrando los desperdicios de la ciudad en augusta procesión hacia el puerto y el mar. Seguí andan-

do y me detuve a la entrada de un edificio del montón, situado a menos de un kilómetro al oeste del puente.

Un ruido procedente de la segunda planta atravesó las sombras que lo separaban de mí. Inhalé un poco de aliento, luego una segunda y una tercera vez hasta que vacié la botella y el zumbido adquirió la intensidad de un enjambre de abejas alrededor de mi cabeza. Estrellé el frasco contra la pared y subí la escalera de dos en dos.

La Virgen Sangrante era la clase de tugurio que hacía que quisieras frotarte la piel con lejía nada más salir por su puerta. A su lado, El Conde tenía la categoría de un palaciego salón de té. Las antorchas proyectaban una luz untuosa en el interior, una infraestructura de crujiente madera sobre un puñado de habitaciones que Labioleporino alquilaba por horas, junto a un establo lleno de prostitutas de aspecto lamentable que también hacían las veces de camareras, todo iluminado tenuemente, tan poco que podrían haberse entregado allí mismo al desempeño de sus funciones.

Me acerqué a un boquete que había en la pared a modo de ventana e hice un gesto a una de las camareras.

—¿Sabes quién soy? —pregunté. Ella asintió, el pelo castaño le caía sobre la cara y los ojos carecían de luz y me miraban con desconcierto—. Tráeme algo en lo que nadie haya escupido y dile a tu jefe que estoy aquí. —Le di una moneda de cobre y la miré mientras se alejaba con paso cansino.

El aliento discurría con fuerza por mi organismo y crispé los puños a los costados para contener el temblor. Miré a los clientes sin prestar mucha atención, y pensé hasta qué punto un incendio provocado mejoraría el vecindario.

La camarera regresó al cabo de unos minutos con una jarra medio llena.

—No tardará en salir —me dijo.

La cerveza estaba aguada. Me la bebí sin pestañear, intentando no pensar en la niña.

La puerta del fondo se abrió y Labioleporino salió por ella acompañado por dos de sus hombres. Tancredo tenía el mote adecuado. La hendidura del rostro le partía en dos la boca, una deformación que la densa barba no podía disimular. Aparte de ese detalle no había nada que destacar en él en uno u otro sentido. Había adquirido reputación de hombre duro, aunque yo sospechaba que esa reputación era consecuencia de la deformidad.

Los dos acompañantes tenían aspecto de gente violenta y estúpida, la clase de matones callejeros baratos de la que se rodeaba Tancredo. Conocía al primero, un tal Araña, un tipo medio isleño y rechoncho con un ojo amoratado que se había agenciado por mostrarse demasiado revoltoso en torno a un destacamento de guardias. Solía trabajar con una cuadrilla de ratas fluviales que asaltaban de noche las barcas de cargamento y se hacían con todo lo que hallaban a su paso. Era la primera vez que veía al otro, pero su rostro picado de viruela y el olor acre que despedía daban fe de su baja ralea con la misma certeza que los ambientes que frecuentaba y la carrera que había escogido. Supuse que ambos irían armados, aunque sólo pude ver el arma de Araña, un largo puñal de feo aspecto que asomaba por el cinto.

Se abrieron en abanico para cubrirme.

—Hola, Tancredo —saludé—. ¿Cómo va todo?

Me dedicó una expresión burlona, o puede que no lo hiciera, pues con ese labio costaba decirlo.

—He oído que tu gente ha tenido problemas con sus imanes —continué.

Ahora sí estaba seguro de que me miraba con desprecio.

—¿Problemas con los imanes, Guardián? ¿A qué te refieres?

—El canal es la línea que separa nuestras empresas, Tancredo. Conoces el canal: es esa enorme zanja que hay al este de aquí y que está llena de agua.

Sonrió. El trecho descarnado que se extendía entre el labio superior y la nariz dejó al descubierto las encías podridas.

—¿Esa es la línea?

—En nuestro negocio, Tancredo, es importante recordar los acuerdos a los que has llegado con los demás. Si las cosas no te van bien, tal vez haya llegado el momento de que busques algo más acorde con tus talentos naturales. Por ejemplo, serías una corista de primera.

—Tienes una lengua muy afilada —gruñó.

—Y tú la tienes torcida, pero somos como nos ha hecho el Creador. Pero no he venido a hablar de teología: es la geografía lo que me ocupa en este momento. ¿Por qué no me dices, o me recuerdas, dónde está nuestra frontera?

Labioleporino reculó un paso y sus matones se me acercaron.

—Me parece que ha llegado el momento de redibujar nuestro mapa. No sé qué lío tendrás con el sindicato, y no me preocupa

la amistad que tengas con la guardia, pero no cuentas con la gente necesaria para mantener tu territorio. Que yo sepa eres un trabajador independiente, y en los tiempos que corren, aquí no hay lugar para operarios independientes.

Siguió preparando el terreno para el conflicto que se avecinaba, pero apenas presté atención a sus palabras debido al zumbido que oía. No es que los detalles particulares de su monólogo me interesaran lo más mínimo. No había acudido a ese lugar para discutir con él, igual que Labioleporino no se había hecho acompañar por sus matones para que lo apoyasen en nuestras negociaciones.

El zumbido desapareció cuando Tancredo finalizó cualquiera que fuese el ultimátum que me había formulado. Araña llevó una mano al puño del cuchillo. El matón sin nombre chascó la lengua y esbozó una sonrisa desdentada. Por alguna razón que se me escapaba, habían llegado a la conclusión de que aquello les resultaría fácil. No veía el momento de sacarlos de engaño.

Apuré el último trago de cerveza y dejé caer la jarra de mi mano izquierda. Araña la vio hacerse añicos en el suelo mientras yo lanzaba un puñetazo que le aplastó la nariz. Antes de que su compañero pudiera desenvainar el arma, le rodeé el cuerpo con los brazos y me serví de la inercia para empujarnos a ambos por la ventana abierta que había a su lado.

Durante una fracción de segundo lo único que oí fue el viento y el ritmo acelerado de mi corazón. Entonces alcanzamos el suelo, y mis ochenta kilos de peso lo enterraron en el fango con un crujido seco, que me dio a entender que se había fracturado algunas costillas. Me aparté de él para levantarme. La luna brillaba contra la oscuridad del callejón. Aspiré aire con fuerza y me sentí exangüe. El tipo de la cara picada de viruela hizo ademán de incorporarse, así que descargué una patada bajo su nuca y, tras lanzar un gruñido ahogado, dejó de moverse.

Apenas era consciente de que de resultas de la caída me había lastimado el tobillo, pero estaba demasiado grogui para comprender el alcance de la herida. Tendría que poner rápidamente punto y final al asunto, antes de que mi cuerpo tuviese tiempo de cobrar conciencia del daño que le había hecho.

Caminé de vuelta a La Virgen y vi a Araña bajar la escalera a toda prisa, con la nariz sangrándole y la espada en la mano. Me lanzó un gruñido desafiante cuando se me abalanzó sin más,

como un loco, claro que Araña pertenecía a la clase de gente a quien le altera cualquier dolor, por pequeño que sea. Me topé con él a medio camino y flexioné el cuerpo, arremetiendo contra sus rodillas con el hombro para verlo caer por la escalera. Me di la vuelta para rematar la faena, pero vi el hueso blanco que le asomaba por la mano y comprendí que no era necesaria más violencia. Lo dejé doliéndose de la muñeca, gimoteando como un crío.

De vuelta a la segunda planta vi a la mayoría de los clientes pegados a las paredes, atentos al desarrollo de los acontecimientos. Mientras yo hacía de las mías abajo, Tancredo había aprovechado para empuñar un garrote pesado con el que se daba golpecitos en la palma abierta de la otra mano. Tenía la palidez e inexpresividad de un cadáver, y aunque reparé en las muescas que había en la empuñadura del garrote, me miraba con los ojos tan desmesuradamente abiertos que supe que lo tumbaría con facilidad.

Me agaché cuando el garrote me pasó por encima de la cabeza, y luego hundí el puño en su estómago. Tancredo cayó hacia atrás, boqueando falto de aire, zarandeando el garrote en el aire con impotencia. Con mi segundo ataque le aferré la muñeca y tiré con fuerza de ella para acercármelo mientras gritaba y soltaba el arma. Lo miré a los ojos, de cerca. Los labios le temblaban. Descargué un golpe que bastó para tumbarlo en el suelo.

Yacía tendido a mis pies, lloriqueando. El modesto corro de espectadores no me quitaba ojo de encima, ojos de mirada extraviada, las narices enrojecidas, una colección de seres grotescos engendrados por la endogamia, boquiabiertos, piojosos. Tuve ganas de empuñar el garrote de Tancredo para emprenderla con ellos, partir sus cabezas como si fueran melones, crac, crac, crac, teñir de rojo el serrín que cubría el suelo. Hice a un lado el impulso, que atribuí al aliento. Había llegado la hora de poner fin a esto, pero sin prisas. La teatralidad contaba, quería que toda esa gentuza contase lo sucedido.

Arrastré el cuerpo de Labioleporino hacia una mesa cercana y extendí uno de sus brazos sobre la madera. Con la izquierda le abrí la palma de la mano y con la derecha le aferré el meñique.

—¿Qué frontera nos separa? —pregunté, rompiéndole el dedo.

Gritó pero no respondió a mi pregunta.

—¿Qué frontera nos separa? —insistí, rompiéndole el siguiente dedo. Lloraba, boqueaba falto de aire y apenas era capaz de

decir palabra, pero tendría que esforzarse. Le retorció otro dedo—. ¡Aún conservas todos los dedos de la otra mano! —Me eché a reír, sin saber muy bien si aquella risa formaba parte del papel que representaba.

—¡El canal! —gritó—. ¡El canal es la frontera que nos separa!

Se impuso el silencio en el bar, exceptuando sus lloros. Volví la cabeza hacia los mirones, saboreando el momento, y luego seguí hablando con un tono de voz lo bastante elevado para hacerme oír por todos.

—Tus negocios terminan en el canal. Si vuelves a olvidarlo te encontrarán flotando en él. —Tiré hacia atrás del último dedo, y dejé caer a Labioleporino en el suelo antes de darme la vuelta y caminar lentamente en dirección a la salida. Araña estaba hecho un ovillo al pie de la escalera, y apartó la vista al verme pasar.

A una docena de manzanas al este se me pasaron los efectos del aliento. Me apoyé en la pared de un callejón y vomité hasta que apenas pude respirar, postrado en el suelo mugriento. Allí permanecí un rato, esperando a que mi corazón latiese de nuevo con normalidad. La pierna me traicionó cuando regresaba, y tuve que comprar a un farsante inválido una muleta con la que me ayudé el resto del camino a casa.